

LOS LIBROS

KARL VOSSLER Y LOPE DE VEGA

Desde 1924 el profesor alemán Karl Vossler viene preocupándose de España y de los escritores españoles. No es el único caso en Alemania. Los hermanos Schlegel, a mediados del siglo XIV, estudiaron el teatro de Calderón y lo pusieron de actualidad en Europa.

Ludwig Pfandl ha escrito dos libros admirables sobre el siglo de oro, en que estudia el medio y las costumbres de los siglos XVI y XVII y las características de la literatura nacional de España, exteriorización artística de la fuerza dominadora del imperio católico español, en pleno Renacimiento.

Ninguno, sin embargo, ha penetrado más a fondo, o mejor dicho, ha entendido mejor el alma colectiva de España y de sus escritores representativos que el profesor Karl Vossler. Sus estudios sobre los españoles no se hallan reunidos sintéticamente en un libro determinado, ni ha sido, a lo que parece, su intención, abarcar en conjunto el panorama de la vida social y de la literatura de España.

Se ha dejado arrastrar por sus más próximas simpatías estéticas. Calderón, en primer término, el más conocido en Alemania. Dedicó Vossler un breve ensayo a la personalidad humana y literaria de Calderón. El dramaturgo de la decadencia surge humanamente vivo, de entre la selva metafísica de sus concepciones.

Poco antes, había estudiado Vossler la España del siglo de oro en un trabajo panorámico del hombre y del pueblo ibéricos, que el profesor chileno Oscar Vera tradujo para la revista «Índice» hace dos años, única versión del trabajo de Vossler al castellano.

Vossler mira con simpatía y predilección el originalísimo fenómeno social y estético de la España renacentista. El mismo se encarga de puntualizarlo en un párrafo del artículo antedicho:

«Desde un punto de vista histórico y en un sentido valedero aun para nuestros días, no existe, propiamente hablando, nación española sino después de 1479, es decir, desde el momento en que la unión de las dos coronas de Castilla y Aragón permiten a los dos pueblos más importantes de la península intervenir de consuno en las esferas de la política y de la cultura».

Su estudio sobre España: «El hombre y el pueblo» bien podría servir de prólogo a sus investigaciones posteriores sobre Calderón y especialmente a esta magistral interpretación titulada «Lope de Vega y su tiempo» que acaba de traducir al español Ramón de la Serna».

Explica Vossler que el afán prematuro de los jóvenes poetas alemanes por crear una literatura, arraigada en la comunión religiosa y nacional, afirmadora de la vida por encima de toda diferencia de clases, lo ha acercado al poeta español que hizo su obra nacionalista y religiosa a la vez, con tan segura capacidad.

Este sentido que encarna Lope de Vega en forma genial, símbolo de la grandeza de su pueblo es, precisamente, lo que acerca su personalidad al problema de nuestro tiempo, en que la civilización occidental, sin rumbo ni entereza, se debate por buscar un sentido a la inquietud de la vida moderna.

El valor de Lope de Vega consistió en dejarse arrastrar por el torbellino creador de la España de Carlos V y Felipe II y en haber sido en la multiplicidad de su obra, (poeta, dramaturgo, novelista), un intérprete, pleno de vitalidad, de los defectos y cualidades de su raza y de su país.

Por eso; para conocer a Lope, es preciso conocer a España, bucear en ese hervidero de ideas y de hechos heroicos, donde se debaten, en lucha a muerte, Satanás y Jesucristo, la desquiciadora heterodoxia erasmista y la fe creadora de los místicos.

El error fundamental de la España de Felipe II, consistió en no darse cuenta que, junto a ella, nacían fuerzas nuevas y terribles: el racionalismo francés, el espíritu independiente de la baja Alemania y el genio comercial de los ingleses.

Para Felipe II, tales fenómenos no tenían importancia. El persistía en esta universalización del imperio católico de España y agotaba todos sus recursos en combatir a los herejes, fuesen mahometanos o protestantes. Un golpe de timón a tiempo, habría librado a la nave del naufragio, pero el español del siglo XVI estaba demasiado engreído de sus triunfos en la vieja Europa y en la joven América para cambiar el sentido esencial de su política.

Vossler lo explica muy bien al decir que España, de la misma manera que se sentía más próxima al milagro que a la realidad, se inclinaba a la guerra, más bien que al trabajo; a la aventura, más que al comercio; y a la gloria, más que a la riqueza y a la posesión.

El defecto colectivo de España es, también, para Vossler, el defecto individual de Lope y de su teatro, veta inagotable de situaciones y tipos, donde encontró, más que en ningún otro género literario, ancho campo la portentosa vitalidad creadora del gran dramaturgo.

El teatro de Lope, salvo excepciones contadas, prolonga el sentido caballeresco e idealista en plena decadencia de la nacionalidad española o castellana, para ser más explícito.

Da Lope la impresión del millonario que no comprende el momento histórico en que vive y persiste, ciegamente obstinado, en retener su dinero y vivir ostentosamente, mientras en torno suyo se desmorona una civilización y nace un nuevo con-

cepto de la vida. En este aspecto es Lope doblemente producto de su época y de España.

Su optimismo no le permite ver el mal que corroe a Castilla. Está excesivamente impregnado del período heroico del Romanero y sus héroes y heroínas, aunque nutridos con la experiencia amorosa del propio creador, son, exteriormente, hombres y mujeres de la Edad Media española o a lo sumo, del siglo XVI.

Claro es que tal concepto de la vida no le impide ver los defectos de su época; y la socarrona malicia que le viene a Lope de su ascendencia montañesa (cazurra y burlona comprensión del aspecto realista de las cosas) estalla, a menudo, en inesperadas escenas de sus comedias de capa y espada, las más típicas y auténticas interpretaciones de la vida madrileña de su época, casi siempre en boca de los graciosos y graciosas, cuyo papel en el teatro de Lope, neutraliza, mediante observaciones ingeniosas y veraces, el excesivo lirismo del galán o de la dama protagonista.

En su comedia «La dama melindrosa», por ejemplo, dos personajes discuten sobre lo que significan el uso de la espada o del birrete universitario. El uso de la primera, implica ignorancia; el del segundo, ilustración.

Uno de los personajes observa:

¿Luego el ingenio y la ciencia
son los bonetes y grados
por Sigüenza o por Valencia?

A lo que responde el gracioso:

En los vulgos engañados
consiste la diferencia:
Espada, luego idiotismo;
bonete, luego letrado.

Replica el otro:

¡Qué gracioso silogismo!

Y observa el segundo:

¡Ya está en el vulgo acentado!

Pero tales sátiras no son sino salpicaduras de la realidad en el engoiado convencionalismo de todos sus personajes, donde sólo se escapan las mujeres, a las cuales Lope conoce profundamente y a las que ha comunicado una feminidad eterna.

¡Qué diferente en cambio, la actitud de Quevedo, Gracián y sobre todo de Cervantes frente al problema de su época!

La corrupción administrativa de la España del siglo XVII, la pobreza mendicante de sus viejas y desaseadas urbes, hirvientes de mendigos, pícaros y ramera, la relajación de la moral, disfrazada aún de ideas religiosas y del temor de Dios, todo eso, aparece en las páginas cínicas del *Buscón* o en el escepticismo conceptual del *Criticón*; pero lo que es chanza y procracidad en Quevedo o indignación moralizadora en Gracián, es burla amarga, macabro bromear en Cervantes que, no encontrando remedio a la enfermedad espiritual de España (el sentirse héroe, a pesar del jubón raído y de la espada llena de orín) se complace sádicamente en apalea a su personaje y hacerlo fracasar en todas sus empresas y aventuras.

Al apalea al iluso caballero de la Mancha, Cervantes, en realidad, apalea a España y por rebote, a la humanidad. Su fracaso en la vida se convierte, por obra del genio, en fracaso colectivo.

Vossler sólo incidentalmente toca este aspecto de la vida española en el siglo de oro que tan claramente se exterioriza en la obra de Lope y de Cervantes; pero esta vez, la instintiva sagacidad del profesor y crítico alemán, se detiene en Lope de Vega, de cuya vida y de cuya obra ha hecho con singular acierto, la más típica representación de la grandeza y debilidad de la España del siglo de oro.—MARIANO LATORRE.